Iglesia local y cambio social: De cómo los cristianos pueden transformar su entorno y generar calidad de vida para todos
Por: Arturo Baspineiro

Llegará el día…
Cuando no se necesite hablar del reinado de Dios como una utopía entre los seres humanos, sino que será una realidad y la humanidad palpará y disfrutará de su presencia amorosa y justa.
¿Es posible imaginarnos el reinado de Dios justo a partir de la iglesia local y que en su ceno se concrete este imaginario? ¿Es posible que la iglesia local pueda al menos emanciparse del dominio humano que la somete y al liberarse genere pequeña transformaciones que involucre a su comunidad hacia el cambio social?
Vivir como sí Dios reinara, en justicia y equidad parece imposible, pero tampoco es fácil. Implica al menos pasar:
- De una situación donde unas pocas personas deciden por el resto de la gente, **a** organizar la vida en comunidad y en ese ámbito tomar las decisiones más apropiadas para el bien común, esto es hacer posible ser guiados por el Espíritu de Dios.
- De una situación de relaciones desiguales que proponen ciertos líderes, quienes argumentan tener una «dependencia directa» de Dios, **a** la gestión comunitaria de relaciones igualitarias y saludables.
- De una situación donde hay una mínima relación o cooperación con la comunidad circundante, **a** una relación de estrecha colaboración con ella —incluida la población pobre y marginada—, sin paternalismo, aprovechando los recursos humanos y materiales para el desarrollo integral de la comunidad.
- De una situación donde la educación dejo de ser promesa indudable de futuro y reservorio de puros valores **a** la formación de una conciencia crítica frente a los modelos exógenos de educación, que sirven a los intereses del sistema capitalista y hacen del sujeto un objeto de la educación.
- De una situación donde el gobierno o instituciones privadas imparten servicios asistencialistas, clientelares y la población permanece pasiva en una actitud infantil o ingenua, **a** una actitud adulta y responsable, donde la iglesia local, como parte de la comunidad, colabora y participa en el control de la gestión pública.
La gente común espera encontrar en nuestras comunidades la posibilidad de acceder a un evangelio integral, sin tener que someterse al cobro de «nuevas indulgencias» con que la religión evangélica ofrece la gracia de Dios. Hay que reformar nuestras estructuras y convertir nuestras congregaciones en espacios alternativos, espacios donde las personas puedan recuperar su condición de sujeto, apropiarse de las verdades salvíficas del evangelio y generar verdaderas comunidades de fe aun dentro de las estructuras existentes.

Marcando el camino… la iglesia local se transforma
Siete cualidades a la que debe aspirar una congregación local si busca incidir en su comunidad:
1. Por sobre todas las cosas, la capacidad de infundir vida, dar ánimo, proponer vida, infundir entusiasmo. La iglesia busca plenitud de vida para todos, generando procesos de cambios saludables y continuos.
2. Mística y vocación de servicio por la comunidad, lo cual implica cuatro elementos principales:
— Sensibilidad ante las necesidades humanas, la alegría y el sufrimiento de los otros.
— Disponibilidad para con la gente.
— Entrega en la tarea y, sobre todo, con la gente.
— Acogida cordial a todas y cada una de las personas de la comunidad.
3. Convicción y confianza en que la gente tiene capacidad para salir de su situación y para hacerse protagonista de su propia historia en su relación con Dios, con el prójimo y consigo misma. El hecho de ser espacio ayuda a la realización de las personas y a su desarrollo socioeconómico y cultural.
4. Habilidad para motivar a su comunidad a la vida: «Yo he venido para que tengan vida y vida en abundancia» (Jn 10:10), dijo Jesús a sus discípulos. La congregación local debe ser capaz de encontrar maneras para lograr que las personas de su comunidad se integren a ella no sólo mediante «métodos» de evangelización, algunos de ellos agresivos y que nada tienen que ver con la buena noticia que Dios quiere relacionarse a través del amor y del respeto por la dignidad humana. Esto significa que debe desarrollar habilidades para motivar a las personas a acercarse y encontrarse con Dios no por temor, sino por amor.

5. Madurez emocional como testimonio relacional. Los sentimientos en una congregación pueden jugarle una mala pasada a la misma. Hasta pueden costarle el respeto y prestigio en su propia comunidad. Por ello hay que tratar de que las personas que coordinen y dirijan a la congregación local no vivan abrumadas, fatigadas y tensionadas, sino que reciban constante apoyo para que actúen con energía y decisión a la vez que con toda paz y sosiego.
6. Fortaleza y tenacidad para vencer las dificultades que atentan contra la comunidad. Existen también en la propia comunidad personas que intentan destruir y dañar su propio hábitat, pierden respeto por la vida y se inmiscuyen en acciones que no ayudan en la construcción de una sociedad justa y equitativa. La congregación local debe rechazar ser cómplice indirecta de situaciones que afectan la vida de su comunidad. Por el contrario, debe tomar una posición firme, sin titubeos, ya que al defender la vida en la comunidad, se defiende la propia. La actitud pastoral más efectiva es aquella que propone Jesús en Juan 10:11, de dar la vida por las personas de la comunidad, las ovejas. Esta acción produce el aprecio y la valoración por parte de la comunidad.
7. Defensa de los derechos, ya que la iglesia local, como entidad social, tiene presencia y testimonio público como para hacer que se respeten y se cumplan los acuerdos sociales que hacen al bienestar común. Ser sal y luz es ser partícipe de los destinos de su comunidad.

Pedagogía transformadora
Un proceso saludable para vida de las personas es hacer de la teología un proceso de educación en la fe, al ritmo de la gente y que contemple las posibilidades de cada uno, no es algo fácil de lograr pero hace tanto bien a la gente. Conviene desarrollar directrices basados en valores y creencias aplicables buscando que sea:

- Testimonial: Orientada a comunicar el mensaje que «Dios nos ama», amándonos.
- Comunitaria: Diseñada para compartir la vida unos con otros y construir en conjunto una verdadera comunidad de fe basada en la comunión.
- Participativa: Todos somos responsables de generar y hacer crecer el evangelio de Jesús en nuestra comunidad. «Todos somos pueblo de Dios».
- Experiencial: La experiencia de ser humano tiene que ver con toda la vida de una persona. Su desarrollo abarca distintas experiencias que marcan positiva o negativamente su vida. Incluye:
    - Procesos cognitivos (percepción, memoria, fantasía, pensamiento).
    - Procesos afectivos (necesidades, emociones, preferencias, gustos).
    - Procesos activos (acciones, conducta, hábitos, costumbres).
- Progresiva (gradual): Cada persona debe apuntar a tener su proyecto de vida de acuerdo con sus capacidades; buscar capacitarse para autoconducir y perfeccionar su vida conforme a sus intereses y a los de los demás.
- Transformadora: presenta la fe en Dios como un potencial que sana, afianza y promueve la dignidad del ser humano no importando cual sea el contexto.

Metodología
El camino adecuado es crecer integralmente e integrar los conceptos de la fe a la vida práctica. Buscando siempre ser abiertos, flexibles y adaptables a las distintas realidades y situaciones que le toca vivir a la gente. Es bueno que los pasos que hagan avanzar el andar diario sean realistas y concretos, de modo que todos puedan ver como se alcanzan objetivos y metas en la construcción del reino de Dios en nuestras comunidades.
Niveles que hay que distinguir en este sentido:

- Etapas y momentos: Están orientados a acompañar los pasos fundamentales de la vida de las personas. Se expresan en capacidades, actitudes y contenidos. Promueven un saludable desarrollo de cada uno de los miembros activos del cuerpo visible de Jesús.
- Actividades: Son todas aquellas actividades que se pueden realizar con el grupo (encuentros semanales, cultos dominicales, actividades especiales, retiros, celebraciones). Desde lo más común y habitual, como la escuela dominical, pasando por la reflexión más compleja (que involucra el pensar bíblico-teológico y de otras disciplinas del saber humano), hasta las acciones que demandan de nosotros un compromiso de entrega incondicional por nuestra fe en Jesús. A veces tenemos que echar mano a varios métodos complementarios (especialmente técnicas y dinámicas) de trabajo. Esto nos permite un mejor desarrollo de los temas difíciles y complejos.

Dirigir el proceso de una congregación hacia el cambio social implica que las personas se nuclean en torno a la persona de Jesús. El ideal debe ser que cada vez que se alcance una etapa ayude a consolidar mayor visibilidad y credibilidad de la iglesia local en la comunidad. Es importante empeñarse en acompañarse mutuamente, para que el grupo sea un verdadero espacio de crecimiento como «iglesia testigo» de su amor.

Discipulado militante: Llegar a este punto supone que cada persona que conforma la iglesia local tiende a realizar una acción cada vez más reflexionada, intencionada, consciente, encarnada y contextualizada. La vida orgánica de los discípulos militantes busca transformar las estructuras de la

sociedad. Se identifica con el estilo de vida de Jesús. Dentro del proceso evolutivo de la persona, esta es la etapa más activa y creativa. Supone la integración dinámica de todos los elementos cognoscitivos, afectivos, sociales y trascendentes. Asume proyectos de vida en marcha. Supone, además, una constante conversión y discernimiento sobre el estilo de vida que se desea asumir. Se profundizan los compromisos y experiencias de las etapas anteriores. Se vive el evangelio, se transforma, se hace teología.